

LA PEÑOLA,

SEMENARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON CARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GULLEN.

SUMARIO

«Isabel de Valois,» por Remigio Vega Armentero.—«Carta de Madrid,» por Jesús Cencillo.—«El sueño de la vida,» por Leon Carrillo de Albornóz.—«La Mascarada,» novela por José de Castro y Serrano.—«Anécdota histórica,» por Ricaroll.—«Por una bota,» especie de novela, por Jacobo Fernandez Brizuela.—«Plumadas.»—«Charada.»—«Logogrifo.»—«Fuga de vocales.»—«Salto de caballo.»—«Soluciones del número 11.»

ISABEL DE VALOIS.

(ESTUDIOS HISTÓRICOS.)

Hermosa como un sueño de voluptuosidad, incitante como las Gracias, tentadora como el pecado y ligera como la sensual córte de Paris donde nació, era la desgraciada reina de la que vamos á ocuparnos.

Hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, nacida en el Louvre, educada por la voluptuosa Diana de Poitiers, acostumbrada á las fiestas de una córte donde aún se escuchaban las risas de María Estuardo y el rumor de los lascivos besos de Margarita de Borgoña; vino la princesa Isabel á España muy jóven todavía para esconderse en el tétrico fondo del Escorial como una perla en la concha que cae dentro del mar. Pobre flor, una mano de nieve la arrancó de su frondoso vergel para colocarla sobre los pelados riscos de una triste montaña.

Bien puede decirse que aquella muger casi una niña, al hollar con su ligero pié el suelo español, exhaló un gemido semejante al de un arpa que se rompe; perdió su alegría y su carácter expansivo, y sus ojos siempre brillantes é inquietos, se tornaron en tristes é inmóviles. Fué como una flor que se agosta, como una gota de rocío que se deshace.

Figuraos una muger como os la he descrito,

añadid un corazon bondadoso y bueno, un alma ardiente, apasionada, enamorada, una imaginacion soñadora como la de una trastiberina é impresionable como la de una griega; unid esta muger á un hombre al que no ama, á un hombre hipócrita, solapado, déspota, cruel, impasible, indiferente, impenetrable, fanático á la par que impío; á un hombre que solo se conmovia por la soberbia y la lujuria y que jamás adornaba su pálido rostro con una sonrisa; á un hombre tal y tan repugnante como Felipe II; *el demonio del mediodia* como le llamaba Enrique VIII de Inglaterra; figuraos todo esto y aún más, y comprenderéis cuánta razon existe para llamar desgraciada á una reina cuyo trono se convirtió en un sepulcro, cuyo manto de púrpura se trocó en una mortaja y su corona de diamantes en una corona de espinas.

La leyenda con su inmenso poder ha querido transfigurarla, sublimarla, y la novela ha hecho de esta infeliz princesa una heroina incapaz de ningun defecto y susceptible de todas las virtudes. En las creaciones de la poesia la critica no puede clavar su piqueta, ni la historia corregir los rasgos que graba el pincel del artista que crea.

Sin embargo, en lo que se refiere á Isabel de Valois no todos los historiadores escriben de acuerdo, no faltando alguno que la arrastra entre el lodo de la degradacion al mismo tiempo que otros, particularmente los franceses, la tegan la corona de la gloria y el martirio.

Siendo muy niña se firmó la paz entre Francia y España, y se ajustó el tratado de Chateau Cambresis. Una de las condiciones de este tratado hecho con todo el cálculo de que era capaz el sagaz y dúctil Felipe II, fué el casamiento de madama Isabel de Valois con el príncipe don Carlos de Austria, ambos de una misma edad.

Pasaron algunos años; los príncipes no se conocian, pero es indudable que se cruzaron retratos y cartas de amor; amor de niños si se quiere, pero amor al fin, alimentado al calor de locas ilusiones.

El príncipe don Carlos, aquel jóven feroz esclavo de las más repugnantes pasiones, era á decir de Tiépolo embajador de Venecia en Madrid: «contrahecho, feo, bien que blanco y rubio, la espalda encorvada y las piernas desiguales.» En cambio como hemos dicho, Isabel de Valois era hermosa y tenia algo de enloquecedor en sus ojos que dió una envidia mortal á la audaz y escandalosa princesa de Éboli, querida de Felipe II.

Pero no importa, el amor es ciego y la jóven Isabel no podia ver cuanto de repulsivo habia en el hombre que la destinaban. Le amó, esta es la verdad, y don Carlos correspondió á su amor con una pasion tan violenta, que más tarde habia de hacer estragos. El príncipe parecia maldito, su destino era negro; amante burlado una vez por su mismo padre, lo fué una segunda.

¡Oh! el príncipe enloqueció de rabia y la de Valois lloró lágrimas amargas.

¡La de Valois...! cuando se unió en Guadalajara con el tirano de ambos mundos, se trocaron los papeles, y ella la niña enamorada, ella la sencilla y la ingénua, miró al jóven príncipe con aires de madre. Si, don Carlos enloqueció de rabia y de dolor, y desde aquel dia fueron más terribles las desdichas y más grandes las torpezas de aquel ser monomaniáco, casi loco al mismo tiempo que desgraciado é infeliz.

Pasó algun tiempo; el estado lamentable del príncipe acrecia á la vez que su ardiente pasion por la esposa de su padre. Esta languidecia como una flor sin rocío; ¿qué extraño que viviera siempre llorando si era muger de Felipe II?

Hay quien dice que Isabel de Valois fué adúltera con su hijastro... ¡Quién sabe! El hambriento busca el pan, y ella gimiendo en el abandono, ella que apenas si recibia una caricia sensual de su marido á quien no podia amar, tal vez buscaria el consuelo en las caricias de otro hombre siendo éste su antiguo amante don Carlos.

Tiépolo escribia á Venecia con maliciosa intencion: «aquí se murmura que el príncipe hace visitas nocturnas á la reina.» La verdad es que en la córte de Madrid se hablaba de esto con escándalo, y aún se dudaba de la legitimidad de los hijos de la reina Isabel.

La historia, la filosofia de la misma y de los hechos, demuestran que Felipe II se apresuró á contar los dias de su hijo no tanto por la inequívoca conducta de éste, cuanto porque el veneno de los celos emponzoñaba la sangre de aquel padre criminal.

Pero apesar de todo, Isabel de Valois fué como un ángel de paz batiendo sus blancas alas sobre dos naciones enemigas. Y entre tanto, en aquellas mansiones donde se alimentaba la soberbia del rey más rey de cuantos reyes ha habido, «la infeliz hermosa» como la llamaba Forqueraulo, embajador de Francia, espiraba inconsolable semejante á una flor arrancada de su tallo ó á una nota desprendida de un laud.

Su muerte á la temprana edad de veintitres años ha sido un problema durante mucho tiempo,

pero hoy ¿quién no vé en la muerte de Isabel de Valois la criminal é impía mano de Felipe II? Ella al morir llevaba en su seno un hijo... y Felipe II vió en él el fruto del adulterio apesar de que decia lo que más tardé escribió su secretario á Martin de Guzman, enviado del emperador de Austria: que «el príncipe no mostraba los síntomas que de ordinario se anuncian en su edad.»

Sea como quiera, la verdad es que la reina Isabel fué víctima de Felipe II, y que tanto la humillan los fanáticos como la enxalzan los poetas.

Pero apesar de las recriminaciones de los primeros, Isabel de Valois cantada por los trovadores y los poetas, ha cruzado y cruzará siempre ante las gentes como la mártir del amor, como un alma triste y desgarrada, como un corazon apasionado que destila sangre.

Lo mismo á esta desgraciada que al príncipe don Carlos, el pueblo les ha levantado un altar en cuyas aras les sublima escribiendo sus nombres con caracteres eternos.

Así el filósofo al escudriñar ciertas páginas de la historia, vacila, duda, y exclama: la tiranía y la soberbia son impotentes ante el poder de la verdad que resplandece y que semejante á la luz de Dios, se hace sentir hasta de los ciegos.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

CRONICAS MADRILEÑAS.

I.

Sumario.—Introito.—Mi presentacion: anécdota.—Mi programa.—Teatros.—Apolo: Zarzuela: Español: Romea.

Madrid 3 de Junio de 1874.

Árdua tarea es en verdad la que acometo con esta crónica, primera de la série que semanalmente irán viendo la luz en las columnas de LA PEÑOLA, no sé si para solaz ó si para aburrimiento de sus benévolos lectores.

Para los que acostumbrados estén á semejante género de trabajos, á fé que muy poco significa escribir una revista de los principales acontecimientos ocurridos en la semana; pero no así para el que, como yo, además de ser miope, lo que me impide distinguir claramente lo que pasa á mi alrededor, no se presta mucho á meterse en chismes de vecindad.

Quisiera tener la bien cortada pluma de Asmodeo, afamado revistero de LA ÉPOCA, ó del Marqués de Valle-Alegre, Cortázar, Sanchez Perez, etc., y de este modo podría llenar cumplidamente mi cometido. Por mi desgracia no es así, lo que me obliga á demandaros vuestra indulgencia, esperando que me la otorgaréis propicios.

Y dicho esto, voy á haceros mi presentacion en forma, segun es costumbre inveterada entre personas bien nacidas. Estraño es ciertamente que yo mismo me presente á vosotros; pero ¿qué le hemos de hacer sino hay otro remedio? Cada uno sale de sus apuros como Dios le dá á entender.

∴ Y á propósito de presentaciones, y por la relacion que con el presente caso puedan tener, os voy á referir una anécdota, que en verdad no deja de tener gracioso chiste.

Cierta noche, en que se daba un espléndido baile en casa de la Baronesa de A... departían amigablemente en uno de los cafés más principales de la ex-coronada villa, dos jóvenes simpáticos y elegantes. El uno de ellos, P., que tenía vivos deseos de asistir al templo en donde aquella noche se rendía culto á la Musa Terpsícore, porque en él encontraría á la dama imán de sus pensamientos, se lamentaba amargamente de no conocer á la dueña de la casa. Entonces el otro, N., que, por lo visto, debía tener una imaginación prodigiosa en la inventiva, arrojando una bocanada de humo de un esquisito habano que fumaba, y con la mayor naturalidad, interrogó á su desconsolado amigo:

—¿Tú quieres ir al baile esta noche?

—Bonita pregunta. ¿Qué otra cosa pudiera desear con tal vehemencia?

—Pues nada más fácil. La baronesa me cuenta entre el número de sus amigos, y á ella serás por mí presentado muy en breve.

Marcháronse in continenti del café, y se separaron muy contentos, dándose cita para la hora oportuna de la reunion.

Llegado aquel momento, nuestros jóvenes se dirigieron á la morada de la Baronesa, en cuyas inmediaciones habia una multitud de suntuosos carruages. Preguntaron á un criado por la señora de la casa; y una vez que se encontraron á su presencia, N., con el mayor desembarazo y soltura la habló en estos términos:

—Señora Baronesa, tengo el honor de presentar á V. á mi querido amigo P.

La dama algo sorprendida, pero con esquisita finura, le replicó:

—Muy bien, caballero: este jóven ha venido á su casa; pero y á V. ¿quién le presenta?

N. sin cortarse ni vacilar, la contestó con una ceremeniosa cortesía:

—A mi, señora Baronesa, no me presenta nadie, y, por lo tanto, me retiro.

La Baronesa no pudo contener la risa, y deteniéndole con un gracioso ademan, le dijo:

—En mi casa los hombres de talento como V. no necesitan ser presentados: queda V., pues, admitido.

Esto no quiere decir que yo en manera alguna trate de compararme al despejado jóven N.; pero es un ejemplo de que me valgo para demostrar que este desusado modo de presentarse no soy yo el que lo inauguro.

Expuesto lo cual, y sin andar en mas preámbulos. expondré sucintamente mi programa.

∴ No siendo LA PEÑOLA periódico político, y si puramente literario, demás está indicar que no trataré de nada que con la política se relacione. Espinoso asunto es este, y dejaré que de él se ocupen plumas más competentes que la mia. Por lo tanto, y adivinando vuestre deseo de hallar una apacible tréguá de sosiegos con la lectura de los

humildes trabajos que en este semanario aparezcan, encaminados á proporcionaros solaz y honesto esparcimiento en el torbellino de nuestras ominosas tiendas civiles, procuraré teneros al corriente de todo lo que ocurra é interesaros pueda.

En mis revistas os hablaré de funciones teatrales, espectáculos de todos géneros, sucedidos curiosos, y además os haré una ligera reseña de las obras nuevas que produzca la literatura, con el juicio crítico que su lectura me sugiera.

Este es mi programa, el cual trataré de cumplir con el mejor acierto posible.

Y ahora, bien será que entremos en materia, toda vez que ha sido hecha mi presentacion, y que trazado queda el plan que me propongo seguir. Y con esto basta de circunloquios.

∴ Empezaré ocupándome de los teatros, si bien seré corto, ya por el breve espacio de que puedo disponer, ya tambien porque la escasa animacion que en la mayor parte de ellos reina, á causa de lo avanzado de la estacion, no permite que los revistemos sino á vista de pájaro.

En *Apolo* se ha estrenado hace poco una produccion arreglada del francés por D. Mariano Carreras y Gonzalez, y cuyo título es: *Sueños de amor*. El éxito que ha obtenido, aunque la obra resulta algo extensa y tiene parlamentos bastante largos, ha sido muy satisfactorio, porque sobre garantizarla el nombre del autor francés, que es Mr. Eugenio Scribe, el arreglo está hecho de una manera concienzuda. Los caracteres en general, no están muy bien delineados; pero las situaciones de la obra son muy originales, y el último acto de gran interés. Tambien los actores que fueron Matilde Díez, la Alverá, la Fernandez, Catalina, Romea y Pastrana, dibujaron sus respectivos papeles con el más perfecto colorido; de ahí el que se aplaudiera con tan marcadas muestras de agrado.

En el teatro de la *Zarzuela* se estrenó últimamente *El alma en un hilo*, cuya obra ha tenido que quedar en *suspense* por enfermedad del aplaudido actor Sr. Castilla; y es esto una doble lástima, porque los chistes en que dicha zarzuela abunda, hacian reir grandemente al público. Con tal motivo se han vuelto á cantar *El molinero de Subiza*, *La Conquista de Madrid*, *Memorias de un Estudiante*, etc., habiendo sido estas obras sumamente aplaudidas.

El *Español* ya cerró sus puertas con la popular comedia de magia *Las manzanas de oro*, que han obtenido más de cien representaciones consecutivas, sin que yo encuentre una causa bastante razonada que signifique tan inusitado éxito; porque la letra, dicho sea con perdon de los autores, no puede resistir una crítica un poco severa, y el aparato con que está exornada no puede rivalizar en magnificencia con el de las obras que se ponen en escena en el elegante *Teatro y Circo de Madrid*. De este favorecido teatro, así como del de *Novedades*, que el 5 de este mes abrirá nuevamente sus puertas, me ocuparé en la próxima revista; pues esta ya se vá haciendo larga y pesada en demasía, por lo que habré de concluir la.

En *Romea* se ha estrenado un juguete de mi

tal vez por delante de la magnífica catedral gótica, sin hallar un alma que reparase en él; vió algunos soberbios edificios que apenas le llamaron la atención; se internó por alguno de los 34 arrabales que tiene la población y llegó hasta el muro que la rodea y que se apoya en el márgen del Danubio. La vista del río le hizo volver en sí. Pensó en su madre y volvió casi á la carrera implorando una limosna á cuantos veía pasar por delante; pero los unos se alejaban indiferentes y los otros le reprendían enfadados por haberles interceptado el paso.

Afortunadamente las almas buenas no faltan en el mundo. Se hallaba cerca del palacio imperial, y un hombre, al parecer campesino, le tomó de la mano y le dijo:

—Ven acá, niño, ven acá, ¿cómo te llamas?

—Pedro, señor, contestó el niño que apenas podía tenerse.

—¿Y adonde ibas? ¿por qué corrias tanto?

—No lo sé, señor; tengo á mi madre muriéndose y pedia limosna por primera vez.

—¿No tienes padre?

—¡Ay! no, señor. Mi padre era un valiente oficial del imperio: obligado por su edad á abandonar el servicio, tomó su retiro, y vivíamos con una corta pensión que el emperador le daba. Pero á principio de este año murió de resultas de una de sus heridas.

—¿Tienes algun hermano?

—Tengo uno mayor que yo; pero se halla muy abatido y lo he dejado al lado de mi madre. ¡Pobre madre mía!

—No llores, ven conmigo, sígueme.

—El labriego preguntó al niño dónde vivía y apuntó las señas de la casa. Luego le entregó un bolsillo y le encargó que fuese en busca de un facultativo.

—Pedro sabía la casa del médico que asistió á su padre y fué á llamarle corriendo.

Mientras esto sucedía, el labriego se dirigió al domicilio de la enferma y penetró en un estrecho tugurio donde todo revelaba la mayor miseria. No había muebles y la enferma tiritaba de necesidad y de frío, teniendo en sus brazos á Nicolás que continuaba en su abatimiento.

Cuando el desconocido penetró en la estancia, la viuda y Nicolás le miraron con asombro.

—Soy médico, señora, dijo aquel hombre saludándola respetuosamente. Me han dicho que padecéis y vengo á ofreceros mis servicios.

La enferma quiso darle las gracias, pero el desconocido contestó así:

—Seré dichoso si os devuelvo la salud, nada quiero que me agradezcáis, porque Dios me manda consolar á los tristes.

Diciendo esto, se acercó á la enferma que todavía era joven, pero que estaba muy demacrada y abatida. La reconoció durante algunos segundos y en seguida escribió en un papel algunos renglones.

—Os dejo la receta con que creo que han de curarse vuestros males.

Y dirigiéndose á Nicolás añadió estas palabras:

—No desmayes, hijo mio, la Providencia vela por los infelices.

En seguida saludó á la enferma y salió de la estancia y de la casa.

No habían pasado cinco minutos cuando Pedro entró en la habitación de su madre acompañado de un médico.

El pobre niño corrió al lado de la enferma, la entregó lleno de júbilo el bolsillo que le había dado su generoso protector y exclamó con infantil alegría

—Mamá, toma este dinero, todo este dinero que me ha dado un señor. ¡Si supieras qué bueno es! . Y además te traigo al médico que te curará. ¡Dios mío! ¡qué felices vamos á ser!

El niño lloraba de alegría. La viuda le dijo entonces que ya había estado antes otro médico y le mandó que leyese la receta que había quedado sobre la pobre mesa, única cosa que había en el cuarto.

El niño obedeció á su madre; mas ¡cuál no sería la sorpresa de todos al leer lo que allí estaba escrito!

El contenido era como sigue:

«Señora: Vuestro hermoso hijo me ha hecho saber que sois la viuda de unos de mis mas valientes oficiales. Yo ignoraba vuestros sufrimientos y os pido perdon por ello. He salido disfrazado á recorrer la ciudad y he tenido la dicha de tropezar con vuestro hijo. Es una interesante criatura por cuya suerte velaré desde hoy. Os asigno una suma de dos mil florines que os será satisfecha por mi tesorero. Dad gracias á Dios por haberos dado por hijo un ángel que ha conmovido mi corazón al hacerme saber vuestro infortunio.— José II.»

—¡Era el emperador! exclamaron los niños sollozando.

—¡Gracias! ¡gracias, Dios mío! repitió la pobre viuda, que pocos dias despues se hallaba restablecida por completo.

RICAROLL.

POR UNA BOTA.

(ESPECIE DE NOVELA.)

CAPÍTULO I.

Tropiezos ó Tropezones.

Acababan de traerlas.

Mi zapatero había cumplido su palabra.

Eran de piel de becerro mate, con una puntera de charol que destumbraba.

Daba gloria verlas.

Las estuve contemplando largo rato, y despues de saborear mi futuro paseo triunfal con ellas, empecé la operacion.

Algun trabajillo me costó, pero al fin entraron.

Hacia un gran efecto el brillo del charol, con el pálido del becerro mate.

Sali á la calle más orgulloso que César, después del paso del Rubicon.

También para mí era otra especie de paso el que daba.

La primera vez que estrenaba botas de becerro mate con puntera de charol.

Era domingo, y daban las once en el reloj vecino.

El sol lucía sus rayos de oro en el azul firmamento; los transeuntes sus trages de día de fiesta, y yo mis botas nuevas.

Tan ufano paseaba, que la gente me abría paso respetuosamente. Todos conocían que mis botas se habían hecho para lucirse, y procuraban dejarlas cumplir su misión.

Eran una obra maestra de uno de los mejores maestros de obra prima. Sobre todo la del pié izquierdo.

Tenia unos contornos también hechos, que entusiasmaban. Se comprendía que el artista se había esmerado en aquella parte de su obra.

Yo me recreaba contemplándola, tanto, que concluí por no mirar más que á ella; estaba enamorado. La bota parecía comprenderlo y me enviaba un beso en un rayo de sol que hacía reflejar sobre el charol.

Era mi delicia. Si pudiera me declaraba á ella; ya la hacía el amor con mis miradas. ¡Ay! esta ella no tenía traza de ser falsa y tan frágil como algunas ellas que he conocido.

Me parecía que no tropezaría nunca... En aquel momento dió un resbalon que por poco me destrozó.

Reflexioné!

Ellas, es decir, género femenino; el sexo de la debilidad y de los tropiezos.

¿Quién no ha tropezado en su vida con alguna ella, que haya sido la causa de sus desdichas? Y por otra parte, ellas, la que más y la que menos, ¿no contará en su vida algun resbalon?

Y esta ella no dejaba de ser una de ellas.

Bajé los ojos y... la disculpé.

Había tropezado con el pié de una preciosa mujer que venía en dirección contraria.

Ojos grandes, como el espacio; azules, como un cielo sin nubes, y una cara, y un pié... que se adivinaba todo un poema de belleza, encerrado en un vestido negro.

—Usted dispense, la dije.

—No hay de qué. Usted es el que debe de dispensar, iba muy de prisa...

—De ningún modo, sino que yo soy muy torpe y luego los ojos de usted son capaces de hacer tropezar á cualquiera.

—Gracias, y...

Se marchó apresurando el paso, dejándome esperando su respuesta. Parecióme que había visto algo que la había hecho huir; volví la cabeza y vi que un hombre, de serio aspecto y con trazas de artesano, la seguía á paso de ataque. Ella le miraba de reojo y apretaba el suyo al verle.

Les seguí dispuesto á acariciar la popa del intruso, con la proa de mi nueva bota.

Ella andaba muy de prisa; él no la alcanzaba y yo seguía á los dos.

¿Quién será ese hombre? pensaba. ¿Será su novio...? Pero ese *tío* no tiene traza de ser el amante de una muger tan hermosa.

¿Será su hermano...? Pero si no tiene parecido alguno; luego el trage es tan diferente. Ella debe ser una señorita, él todo lo más un obrero con trabajo.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

(Se continuará).

Plumadas.

El distinguido poeta y conocido escritor D. Fernando Martínez Pedrosa, acaba de publicar un elegante tomo de poesías, titulado: *Nubes y flores*, que, como todo lo que sale de su bien cortada pluma, está llamando la atención por las magníficas composiciones que encierra.

Recomendamos á nuestros lectores tan interesante obra, en la seguridad de que después de leída nos agradecerán la recomendación.

Asimismo hemos tenido el gusto de ver representarse en el teatro de Calderón de esta Capital, con lisonjero éxito, las producciones *El retrato del muerto* del Sr. Estrañi, y *La muerte de Cervantes* de los Sres. Taladrí, Ferrari y Macías; congratulándonos al ver que no falta todavía en Valladolid, quien se dedique con aprovechamiento á las bellas letras.

Hemos tenido la honra de ver por nuestra redacción los siguientes periódicos, á quienes damos las más sinceras gracias por el cambio, deseándoles á su publicación larga y próspera vida.

«El Cascabel,» «El Mundo Cómico,» «El Museo Anatómico Español,» «El Periódico para todos,» «La Revista del Arma de Caballería,» «La Lira Española» y «El Trovador,» de Madrid; «La Miscelánea científica y literaria,» de Barcelona; «El Parnaso,» de Córdoba; «La Piquivana,» de Almería; «El Ateneo Lorquino,» «El Minero,» de Huelva; «La Alianza,» de S. Martín de Provensals; «La revista del Círculo Salmantino,» «El Memorandum,» de Canarias; «La Pesadilla,» de Santander; «El Progreso,» de Torrelavega; «La Imparcialidad» de Burgos; «La Propaganda Católica,» de Palencia; «La Vindicación del Magisterio,» de Huelva; «El Liceo,» de Granada, y además nuestro apreciable colega local, «El Norte de Castilla.»

Siempre se ha dicho que los ingleses son gente de mucha calma. Un hecho reciente lo confirma. Una familia inglesa que vive en Madrid, tiene un hermoso loro, al cual han enseñado á fuerza de paciencia á tomar chocolate. Con la pata izquierda tiene la jicara y con la derecha moja los bizcochos.

Diálogo entre dos provincianos.—¿Vas á ver la exposicion de fieras de Mr. Bernabó?—Sí. —Entonces verás allí á mi muger.

—¿Qué tienes, Pepe?—Estoy desesperado!—¿Por qué?—Se me ha escapado el perro.—¿Y por eso te desesperas?—Ya lo creo! Y te juro que si no parece, lo mato.

Dos amigos van á Andalucía en una diligencia. Uno se duerme y el otro le despierta poco despues.—¡Tanto dormir! Mientras has estado roncando hemos andado mucho camino...—¿Como cuánto?—¡Oh! estamos ya á más de tres leguas de aquí.

Regresaba un labrador de sus faenas y conducía la yunta á la cuadra, cuando á poco de entrar en ella se oyó exclamar:—¡Eh, Colasa! baja pronto una luz, que ha tirado una coz el macho y quiero ver si me ha dado á mi ó la pared.

Un cabo encargado de hacer á su superior la relacion del mal estado del cuerpo de guardia, se espresaba en estos términos:—No hay puerta en la puerta, de manera que cuando llueve cae agua.

Un jóvea que fué á bañarse por primera vez, estuvo en mucho peligro de ahogarse. Alarmado sobre manera, exclamó:—Ah! no volveré á entrar en el agua sin aprender antes á nadar.

Entró á servir un mozo en una casa de labranza.—¿Cuántos hermanos tienes, le preguntó el labrador?—Hermanos somos cnatro: tres hembras y un macho, que soy yo.

CHARADA.

Junto al *prima* y *tercera* de la fuente,
 te ví un hermoso dia;
 respirabas el süave y fresco ambiente
 exhalando de tí melancolía.

Dos *prima* de magníficos cabellos
 de gracia y gentileza,
 del sol á los purísimos destellos
 más bella parecía tu cabeza.

—Niña, te dije, si de mi alma el *todo*
 quisieras aceptar...?

Y respondiste:—Yo de ningun modo;
 há tiempo que tan solo sé llorar.

(La solucion en el próximo número.)

LOGOGRIFO.

Este logogrifo
 ocho letras tiene,
 que si las combinas
 tendrás lo siguiente:
 un ave, una nota,
 lo que hacen los peces,
 un metal precioso,
 un sér muy aleve;
 lo que hacen las olas
 y hace la corriente;
 un nombre de villa
 y tres de mugeres,

un cuerpo muy duro;
 lo que todos tienen,
 una flor, un fluido
 y un romano célebre,
 un miembro muy útil
 y que faltar puede,
 un juego de niños,
 un sér inocente,
 la parte de un monte,
 un verbo y un mueble
 y otras muchas cosas
 que sacarse pueden.

Y el todo es un nombre
 que se encuentra siempre
 en libros de música
 y en la historia á veces.

(La solucion en el próximo número.)

FUGA DE VOCALES.

L. c.nc.. d. l. v.d.

.m.rg.nd.=l.=.x.st.nc..

d.=l.=c.r.z.n.=.n=d.ñ.

..=l.=.ns.ñ.r.=.s.=c..nc..

.l=l.br.=d.=l.=.sp.r..nc..

p.g.n.=d.l=d.s.ng.ñ.

..L.G.. FL.R.NT.N. S.NZ.

SALTO DE CABALLO.

EMPIEZA EN LA CASILLA N.º 1 Y TERMINA EN LA 32.

vi	en	des	tú		
te	en	ñas	(32) dos	ña	ño
vimos	en	que	ga	cre	cre
ga	no	no	ga	ña	ni
me	en	ñe	o	es	(1) Yo
que	que	ga	monos		

(La solucion en el próximo número.)

Solucion á las charadas insertas en el número 11.

1.ª

DOSITEA.

2.ª

CANTO.

3.ª

CALABAZAS.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
 DE GAVIRIA Y ZAPATERO.
 ANGUSTIAS, 1.